LOLES LÓPEZ

¡NI UN BESO MÁS!

booket

Loles López

¡Ni un beso más!

Serie Chicago 4

Esencia/Planeta

Certificado PEFC

Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas

PEFC/14-38-00305

www.pefc.es

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Loles López, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta: © Shutterstock
Primera edición en Colección Booket: marzo de 2023

Depósito legal: B. 2.465-2023
ISBN: 978-84-08-26970-0
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

1

Dos semanas después

Estacionó su reluciente Lexus RC 300 Luxury de color rojo en el parking subterráneo del rascacielos Aon Center, donde se encontraba el estudio de arquitectura donde trabajaba desde hacía más de doce años como diseñador gráfico. Se encaminó con seguridad hasta los ascensores y, nada más entrar, apretó el botón y se puso a revisar, desde el móvil, los correos y los mensajes que le habían enviado durante ese corto espacio de tiempo que se tardaba en llegar, para ponerse al día antes de alcanzar la planta ochenta y tres. Salió del elevador, prácticamente vacío, pues esa era la última planta de ese conocido edificio, y se dirigió con paso firme a Grupo 87 mientras se guardaba el teléfono en el interior de su americana azul y, de paso, se sacaba los puños de su impecable camisa blanca.

—Buenos días, dulce Lizzie —saludó en cuanto vio a la grácil y rubia recepcionista sonreírle como todos los días desde hacía dos años, aunque esa mañana le

llamó la atención que esta llevase los labios pintados de un rojo muy llamativo, que contradecía su rostro aniñado, casi de muñeca, y que, junto a su menuda estatura y esa timidez que le impedía incluso aguantarle la mirada, desviando hacia otro punto sus ojos color esmeralda, le restaba todavía más años de los que tenía.

—Buenos días, Clive —le contestó. Este sonrió con orgullo, porque, ¡al fin!, después de estar más de un año hablándoles de usted, habían conseguido (no sin esfuerzo, sobre todo por su parte) que la joven los tuteara—. ¿Qué tal el fin de semana?

—Satisfactorio —susurró de manera lasciva, haciendo que la recepcionista enrojeciera como la grana ante ese tono que le encantaba utilizar para provocar, precisamente, esa reacción—. ¿Y el tuyo?

—Bastante tranquilo... Por cierto, Jack y Eva te esperan en la sala de reuniones.

—¿Qué puedo decir, Lizzie? Aunque les cueste confesarlo, no pueden vivir sin mí —soltó con guasa para hacerla sonreír, algo que consiguió en el acto.

Clive se encaminó hacia la sala de reuniones pensando en ese nuevo año, en todos los proyectos que tenían encauzados, en el irrepetible y único momento que vivieron en Navy Pier antes de Nochebuena y, cómo no, en sus amigos... Tenía la sensación de que habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo y se obligó a echar la vista atrás para recordar el preciso instante en el que todo empezó a cambiar. No le fue complicado hallar ese preciso momento, justo cuando Jack se divorció y Owen volvió a Chicago después de haber estado escondido en un pueblecito de Australia durante un largo año...

¡Qué buenos tiempos habían sido aquellos! Eran los reyes de la noche y la cuadrilla perfecta para seducir

a cuantas mujeres desearan, y entonces... En poco más de tres años, Clive había asistido a dos bodas y en breve se celebraría la tercera, dejándolo a él como único soltero y sin compromiso del grupo.

No se quejaba de que sus amigos hubiesen encontrado a sus respectivas parejas y lo hubiesen dejado solo. ¡Todo lo contrario! Lo cierto era que no necesitaba a nadie para seducir a preciosas chicas todas las noches, pero tenía que admitir que haber sido testigo de cómo, uno a uno, sus amigos habían acabado saltándose sus sólidas reglas para atarse a una única mujer había hecho que fortaleciera todavía más sus inquebrantables normas. Clive no quería correr riesgos, no quería verse como ellos, ni siquiera vivir nada parecido. A él le gustaba su vida tal y como estaba.

Era posible que ese endurecimiento de sus propias reglas se debiera a tres entrometidas mujeres (sí, esas mismas que habían hecho cambiar el estado civil de sus amigos), a quien se les había metido en sus disparatadas cabezas que Clive debía enamorarse y que, incluso, estaban dispuestas a recorrerse todo Chicago, de punta a punta, para dar con la chica que lo hiciera enloquecer de amor, algo que había provocado que Clive estuviera todavía más a la defensiva. Una cosa era divertirse y otra bien distinta, dejarse llevar por unos sentimientos que no estaba dispuesto a tener y adquirir esa actitud cursi que no le llamaba en absoluto la atención.

Clive era feliz con su vida, sus ligues, su trabajo y sus amigos, ¿para qué iba a sumar solo una mujer a esa ecuación cuando podía tener a muchas? ¿Para qué iba a desbaratar su cómodo y excitante modo de vida para enzarzarse en algo desconocido que no deseaba experimentar bajo ningún concepto?

No necesitaba ni flechazos ni bodas, y mucho menos romances. Clive era como era y no quería cambiar ni un ápice, y aunque debía reconocer que sus amigos habían evolucionado para bien en cuanto se les cruzó su respectiva chica e incluso se alegraba de verlos tan felices, él no necesitaba sentirse mejor de lo que ya se sentía.

Según él, era el puto amo, no requería nada más.

—Al fin llegas —le soltó Jack de buen humor mientras Clive cerraba la puerta y se dirigía hasta donde estaban sentados.

—Joder, macho, disimula un poco... Sé que estás deseando que te cuente los pormenores de mi noche anterior, pero ya sabes que no quiero escandalizar a nuestra dulce y embarazada compañera —comentó con guasa, haciendo que Eva, la esposa de su amigo Owen y dueño de Grupo 87, negara, divertida, con la cabeza.

—Clive, ya estoy curada de espanto, y sabes de sobra que no me asustas tan fácilmente —replicó, siguiéndole el juego, algo que este tenía claro que siempre conseguiría de ella.

—Eso es porque no he querido escandalizarte, preciosa —susurró, burlón, haciendo que Eva se echara a reír a carcajadas y que Jack negase con la cabeza con resignación.

—¿Podemos empezar?

—Por supuesto, que no quiero que aparezca tu vena seria. ¿Sabes que, cuando te enfadas, te salen arrugas? Te recuerdo, amigo mío, que tu guapa esposa Tina es mucho más joven que tú, deberías cuidarte... —lo pinchó mientras se sentaba, desabrochándose el último botón de la americana, para percatarse de cómo su amigo resoplaba bajito, pidiendo mentalmente tener paciencia con él.

¡A Clive le encantaba tomarle el pelo!

—¿Empezamos a trabajar o nos quedamos aquí los tres hasta la tarde? —preguntó Jack con seriedad, lo que hizo que Eva se mordiese el labio inferior para no carcajearse y Clive aprovechó para recolocarse a la perfección la corbata.

—¿Esta noche tiene guardia Tina? Entendería que, al ser así, estés deseando quedarte con nosotros. Pero siempre podemos quedar en un bar, ¿verdad, Eva?

—A mí no me líes, que esta noche he quedado con Sarah y Kristen —contestó, alzando las manos en señal de inocencia.

—¿A dónde vais? —preguntó Clive con curiosidad.

—A The Aviary.

—A lo mejor me dejo caer por ahí —murmuró, haciendo que los dos lo mirasen sin disimular una sonrisa divertida—. Tengo que asegurarme de que la esposa embarazada de mi amigo esté bien.

—Claro, claro... —replicó Eva con guasa, demostrándole que ella también podía bromear si se lo proponía—. Al final voy a tener que darte las gracias.

—No hace falta, preciosa. Ya sabes que soy todo un caballero —replicó, y ella se echó a reír.

—Venga, dejémonos de tanta cháchara y pongámonos al día. Nos espera una buena semana. No, mucho mejor... ¡Nos espera un fantástico año, chicos, lo presiento!

Escuchar esas palabras de labios de Jack hizo que Clive se sintiera todavía más seguro de que, en efecto, así sería.

No esperaba menos de ese año que acababan de empezar.

Después de una hora de reunión, en la que ultimaron y revisaron los nuevos proyectos en los que estaban inmersos, salieron los tres de la sala para dirigirse a sus respectivos despachos sin dejar de hablar de la última propuesta que tenían que presentar en pocos días. Clive cerró la puerta del suyo en cuanto lo alcanzó y se acercó a su escritorio de madera, que se encontraba justo enfrente del amplio ventanal, para después dejar la tableta encima mientras observaba el cielo grisáceo de aquella mañana de mediados de enero. Sin embargo, tuvo que postergar ese pequeño momento de desconexión al oír la puerta de su despacho abrirse y, al girarse, vio entrar a Brian con paso acelerado y el rostro visiblemente serio.

—¿Te has enterado? —le preguntó sin más dilación.

—¿De que soy el puto amo? ¡Ya lo sabía! Pero gracias por venir a decírmelo, así los lunes son menos lunes —soltó Clive con cachondeo; no obstante, ver el rostro de su amigo tan serio le hizo temerse cualquier fatalidad.

—¡No lo sabes! —bufó Brian mientras se aflojaba el nudo de la corbata, como si le molestase para hablar—. Ya sé qué negocio han puesto en la oficina que estaban reformando —comentó despacio a la vez que lo miraba fijamente—. Un estudio de decoración de interiores.

—Joder, ¿se lo has dicho a Jack y a Eva? —inquirió, a lo que Brian respondió negando con la cabeza—. Podríamos contratar sus servicios siempre y cuando nos aseguremos de que son buenos. Tenemos una reputación que mantener y somos los mejores por algo, pero tener tan a mano a un decorador nos ayudará a que nuestros proyectos piloto o virtuales sean todavía más

atractivos y visuales para los clientes —añadió con emoción mientras se sentaba tras su escritorio y se sacaba tranquilamente los puños de su impoluta camisa, al imaginarse lo que podría mejorar Grupo 87 al tener un decorador tan cerca.

Clive era diseñador gráfico y, además, especialista en domótica; también tenía nociones de interiorismo gracias a los años que estuvo estudiando esa materia, pero sabía que la decoración no era su fuerte —aunque le fastidiara reconocer que no podía ser sublime en todo lo que se propusiera—, por lo que, cuando necesitaban dar a sus proyectos un toque más personal o incluso montar algún apartamento piloto, siempre contrataban a un experto de fuera de la empresa. Por ese motivo, saber que a partir de entonces tendrían a uno a pocos pasos consideró que podría beneficiarlos, ya que ahorrarían en tiempo y viajes, siempre y cuando este fuera bueno en su campo, claro.

—No creo que te haga tanta ilusión cuando sepas de quién es la empresa.

—¿Es alguien conocido?

—Más lo conoces tú que nosotros, pero sí... —contestó Brian, moviéndose, incómodo, para después mirarlo con empatía—. Es Greg.

—¡¿Greg?! —repitió Clive a la vez que se levantaba de un salto de la silla y apoyaba los puños sobre la mesa, intentando frenar su altivo carácter—. Hijo de la gran puta —masculló con rabia—. Lo vi la noche de Fin de Año y no tuvo los cojones de acercarse a comentármelo...

—¿Lo viste?

—Sí. Me acerqué al fiestón que organizan todos los años... —susurró con desgana—. Aguanté poco, lo jus-

to para conocer a una preciosa pelirroja que me hizo olvidar por qué demonios se me había ocurrido presentarme allí —fanfarroneó, mostrando una sonrisa, obviando comentar, claro está, la rubia con la que se topó en el ascensor de camino a la fiesta.

—¿Por qué crees que ha puesto una oficina al lado?

—¿Por qué va a ser, Brian? Para joderme de alguna manera retorcida de las suyas. Ya sabes que a Jeff lo de ir de frente siempre se le ha dado fatal y prefiere dar mil rodeos para joderme lentamente, y no le importa si tiene que echar mano de su hijo para ello —afirmó con desgana, sintiendo la rabia en la punta de la lengua—. Pero parece que todavía no tiene ni puta idea de con quién se la juega —añadió mientras se encaminaba hacia la puerta.

—¿Qué vas a hacer?

—Darle la bienvenida, por supuesto —soltó, mordaz, mostrando una maliciosa sonrisa que provocó que Brian negara con la cabeza, resignado.

Salió de su despacho y pasó por delante de Lizzie, quien, al ver movimiento, alzó la mirada un segundo, tiempo suficiente para que Clive le guiñara un ojo, consiguiendo al instante que ella se sonrojara y que él sonriera, complacido al lograr semejante hazaña con tan poquito. Después abordó el pasillo, giró a la derecha y se encaminó a la oficina que se encontraba pegada al estudio de arquitectura, dejando el ascensor justo en medio de ambas dependencias.

Se percató de inmediato de la gran transformación que había sufrido ese local. Habían cambiado las paredes convencionales que delimitaban la entrada por paredes de cristal que ayudaban a que el espacio fluyera por toda la planta, otorgándole incluso más amplitud

de la que ya poseía y mucho más protagonismo. Todavía recordaba las pesquisas de todos al ver que esa oficina empezaron a reformarla semanas atrás, sin sospechar jamás quién acabaría al final al lado de ellos... Sin imaginarse que Greg acabaría ocupándola.

No le hizo falta entrar para ver cómo era ese sitio por dentro: todo muy diáfano, texturas lisas y colores neutros, muy del estilo de Greg. De pronto sus ojos se toparon con una mujer que se encontraba en el interior. En esos momentos estaba de espaldas a él, buscando algo por la estantería que había justo detrás del mostrador de cristal de recepción, momento que Clive aprovechó para contemplarla sin que ella se diese cuenta, intentando averiguar si la conocía de antes o no, para estar preparado cuando hiciera su entrada estelar.

Estatura media, ni muy alta ni muy baja, podría rondar perfectamente el metro sesenta y siete, centímetro arriba, centímetro abajo, calculó Clive a ojo. Llevaba una falda corta y vaporosa, estampada, que conjuntaba con un amplio jersey rosa claro que disimulaba las curvas que pudiera o no poseer. Sus piernas, largas y torneadas, estaban envueltas en unas medias negras tupidas, y calzaba unas botas de media caña, negras. Desde su posición no podía verle la cara, por eso optó por entrar con paso seguro por la puerta de cristal, que se encontraba abierta, y se percató de que la chica estaba tan absorta en su labor que ni siquiera lo oyó entrar, algo que él aprovechó para continuar escaneándola a sus anchas.

Tenía el cabello largo y ligeramente ondulado, de un color rubio que iba del tono más claro al oscuro, en multitud de finas mechas, que le otorgaba dulzura y sensualidad a partes iguales. Cuando alzó su blanque-

cino y ovalado rostro hacia él, se entretuvo en observar sus delicadas facciones; sus pómulos eran ligeramente redondos, lo que le daba carácter, y sus labios eran tan carnosos que no les hacía falta ningún tipo de maquillaje para que resaltasen; no obstante, llevaba brillo labial, atrayendo cualquier mirada hacia ese punto de su cara. La afable sonrisa que apareció en ellos la llenó de luz, de delicadeza, de flaqueza, gritando a los cuatros vientos la dulzura y la timidez que debía de poseer. Pero lo que más le llamó la atención a Clive fue el tono de sus ojos, de un color ámbar ligeramente oscurecido, tan llamativo y único que le recordó una mirada lobuna, por la que cruzaban varias líneas en tonos avellana, llenándola de misterio, de seducción, algo que no concordaba con todo lo demás que había intuido de ella.

Clive gozaba de una memoria fotográfica envidiable, y más si se trataba de mujeres, por lo que no tenía dudas: esa era la misma chica que vio con Jeff y después con Greg la noche de Fin de Año, la misma a quien ayudó en el ascensor, aunque esta parecía no recordarle, pues su rostro no mostró ninguna señal de ello, aunque también podía ser parte del plan de Greg...

Lo que Clive tenía claro era que estaría preparado para la batalla que tendría lugar, de eso no le cabía ninguna duda, sin importar quién cayese en el camino, aunque fuera esa bonita mujer que lo miraba sin ocultar su extrañeza. Jeff había demostrado no tener escrúpulos para alcanzar el único fin que parecía que lo motivaba a levantarse por las mañanas, y que era, sin duda, hundir a Clive... Y parecía que, después de unos años de aparente tregua, había vuelto a la carga por todo lo alto, instalándose al lado de Grupo 87 sin que él supie-

ra qué oscuras intenciones lo habrían llevado a hacer semejante elección, y amenazando lo que más le importaba a Clive en el mundo: sus amigos.

Si quería guerra, la iba a tener. Y Clive no era de los que se rendían.